



DERECHOS HUMANOS EN POESÍA





MIENTRAS ME DESVANEZCO

MARIELA LOZA NIETO*

Los riñones explotados a golpes,
cerebro suspendido,
una mordaza escaldando la boca...
El suplicio que arquea cuerpos.
Lamentos ajenos, heridas propias.
La picana.
¡Aquí no!
Porque aquí no es tu voz y no es mi
nombre.
Un número me asignaron...
y cuando lo escucho,
sé que es mi turno en el cuarto de tortura.

Aquí la paradoja:
Está una muerta y duele la carne como si
estuviera viva.
Se recuerda una para no acordarse.
La soledad temprana se convierte en
coraza infranqueable,
en ventaja única: en fortaleza contra las
debilidades.

Y entre lo irreconocible:
la cara desfigurada y el cuerpo famélico y
roto...

tiene uno que explorar profundo, y
reconocerse.

Abren la reja de metal.
Su sonido es la amenaza.
¿De quién el turno?

Examino las botas:
el especialista de la picana eléctrica.
Él se cree un heroico patriota,
está convencido de que es buen cristiano:
se jacta de rezar todas las noches por la
salud de Videla.

Repito constantemente: "*separar la hierba
mala del trigal;
separar la hierba mala del trigal...*"
mientras me quema el abdomen con su
cigarro.
Luego se va.
Otro llega.

Nacional!
...*Formar una familia, conseguir nuevos
amigos,
gente decente, por supuesto...*

* Bachiller por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Estudiante de la Licenciatura de Historia y Sociedad Contemporánea.

*En mí, por ejemplo, podrías tener uno...
si comenzamos claro, por ser colaboradores
de trabajo..."*

Vomité. El otro vuelve.

Trajo vino y festejaron la inauguración de
su "nueva casa",
se oía el choque de copas mientras me
amarraban para empezar la tortura...
Brindan por el que era mi departamento:
ahora es de él.

El "estercolero de libros" que había ahí
– y que ya carbonizó, aclara –,
lo terminaron de convencer:
está seguro de que en mis entrañas nace la
subversión...
y ha traído ratones para carcomerlas.
"Van a matar el cáncer del marxismo que
traes adentro"

¡Y se me ahogan en horror los caminos de
arterias!
¡No lo soporto!
¡Qué paren!

En un instante de lucidez, jerarquizo
información:
me preguntan por mis cómplices...
y lloro, y me desmayo...
Me despiertan, vuelven a preguntar,
y sigo llorando y me vuelvo a desmayar...

El manual que Kissinger les preparó no
sirve para entender esto.
Tampoco el entrenamiento que durante
años
recibieron en la Escuela de las Américas.
No comprenden que estoy confesando.
Aquí esos son mis cómplices:
Mi soledad temprana, las lágrimas, el
desmayo.

Ni siquiera el sacerdote que los acompaña
lo deduce.

Recrimina:

*"Has sido contaminación, vergüenza,
enfermedad social..."*

¡Arrepiéntete!

¡Aún puedes salvarte de la excomunión!

Te gusta acostarte en el pasto...

*podríamos darte una que tuviera un hermoso
jardín.*

...Dime bonita:

¿Dónde está la sabandija que se cree poeta?"

Vomité. Endurece el tono.

"Es tu última oportunidad..."

*¿Quieres el libro de Borges o quedarte aquí,
a lamerle el culo hasta a Massera?"*

Volví a vomitar.

En mi cuerpo nos castigan la esperanza a
todos.

Hasta el aire es pestilente ultraje,

el terror todo lo desnaturaliza:

convierte la sexualidad en tragedia.

Violan el cuerpo para erosionar el sueño
que lo habita;

en la posesión, pretenden vulnerar,

humillar el canto de la utopía nuestra.

Aquí es solo eso: una posesión.

Me dijeron entre risas:

*"Ya que no te gusta la propiedad privada,
aquí, vas a ser de todos..."*

Arrancan la ropa entre insultos y siguen
el escarnio...

esas manos quemar, dan náuseas...

su jadeo es como gangrena.

Y se sacian.

Y la impotencia y una repugnancia
insoportable...
Y otra vez vomitas, y otra vez te cuecen a
patadas
mientras entre risas repiten:
“...*vamos a ver si siguen escribiendo
panfletos,
ahora que las ‘socializadas’ son sus
perras...*”

No es solo la embestida de testosterona
hambrienta,
quieren extender el ultraje,
hacerlo más colectivo de lo que
multitudinario es;
llevarlo más allá de las membranas:
destriparle el corazón a nuestros pasos.

“*Nosotros somos Dios*” taladran al oído.
Los alardes confirman: aquí es el infierno.
quisiera compartirles mi coraza,
mi ventaja única y fortaleza:
la soledad temprana;
esa seguridad de que no pueden
extender el tormento más allá de mi
carne.

¡Aquí no te quiero!
Nada es igual.
Nada.

La luna está menguando,
como aquella madrugada.
Todo era distinto entonces:
la desnudez, la música, el frío, mi historia.

Entonces era ser humano...
mujer y compañera...
aquí, en el “chupadero”, me dicen la
609...
o la “*puta del tupamaro*”,
como me llama el médico encargado de

revivirme,
después de la sesión con el verdugo.

Mientras me torturan solo deseo la
muerte:
que la picana atraviese el útero, llegue al
corazón,
lo queme y detenga para siempre;
que los pulmones no soporten más el agua
fétida del “submarino”;
que el desmayo sea cómplice eterno,
o me apliquen la Ley Fuga,
o sus técnicas de reavivamiento ya no les
sirvan...
o que cumplan su amenaza y me arrojen
viva al mar.

Otras veces, como hoy,
cuando por la rendija aparece luz de luna,
quisiera una flor de amaranto:
ser una hembra yagareté rugiendo
solitaria en la montaña,
penetrar de una gruta los entresijos...
zambullirme en un hontanar de la tierra.
O encaramarme por la corteza de un
árbol,
y existir ahí, de noche, sigilosa,
agazapada.

Tal vez mariposa diurna con el arco iris
dilatado en las alas;
quizá libélula, una hembra colibrí;
revolotear serena en un pleamar de flores,
o, mejor aún, arrullarme en la bandada
rumbo al piélagos.

O salamandra...
y reptar en la libídine senda que me abrió tu
Atraviesa Chile,
bordea por los ríos su delgadez,
esquiva en su angostura a la caravana de
muerte,

explora entre el frío y los guijarros
andinos,
donde las bestias de Pinochet no te
desgarren...

A Uruguay no regreses,
aunque sea nostalgia de bosque ribereño
tu aliento.
Versíffcale la sangre a sus moreras, a una
acacia...
a la travesía subterránea de aguas dulces,
y vete.

Incluso en el llanto y la nostalgia,
que los pasos que caminamos la luna no
detengan su silenciosa marcha.

Trepa un mangle, ocúltate en la
hojarasca,
disimula tu rostro en la marisma.
No interrumpas la marcha en Paraguay:
Stroessner Matiauda ahí acecha.
Busca la fraternidad del desposeído,
por las colinas boscosas del guaraní.
¡Y vete!

Cuando pases por Brasil no te quedes en
la ciudad.
Los dictadores andan a la caza...

Sumérgete en la selva,
que te abrace la solidaridad del caimán.

¡Más lejos! Camina. ¡Más!

Deslízate en silencio por Bolivia:
Banzer le está despellejando el cielo.
¡Elude la emboscada militar!
Que tu refugio sea el colorido del paraba,
de la vicuña el pelaje,
la quena de un minero.
Y si paras en Venezuela, Colombia o el
Perú,
¡cuidado con sus cancerberos!

Explora como un camaleón los barrios,
ampárate monte abajo, donde de amores y
amigos se sabe.
Guarda al corazón en el serpenteo de la
yará, en un coral, guárdalo.

Por las enramadas del yaguar obsidiana
anda.
Transfórmate en bambú,
se ébano, se quetzal.

Recibido: 01/12/2009 • Aceptado: 23/07/2010